

DE BUENAS LETRAS

El primer libro que leí de Bertrand Russell

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Me gusta, de vez en cuando, releer libros que ya he leído. Hoy se me ha ocurrido echar un vistazo a Bertrand Russell, escritor y filósofo de renombre universal, prohibido en España durante la dictadura franquista. A pesar de las prohibiciones, a mí me llegó a través de un buen amigo, Fernando Roca, militar prematuramente jubilado, que aprovechaba sus viajes al extranjero para comprar libros contra el régimen. Cuando, a la vuelta pasaba la aduana, le bastaba con mostrar el DNI militar para que nadie osara pedirle que abriera la maleta. De esta manera tan simple, cada vez que iba al extranjero, pasaba un montón de libros prohibidos que luego prestaba a los amigos de máxima confianza. Entre esos amigos estaba yo. Fue así como llegó a mis manos el primer libro de Bertrand Russell: 'Por qué no soy cristiano'.

Recuerdo que me llamó mucho la atención el capítulo que el filósofo dedica al horror al agua y al jabón de los cristianos. El filósofo nos cuenta que, cuando Constantino declaró el cristianismo como religión oficial del Imperio, los cristianos se encontraron con una población que se lavaba y se bañaba. ¿Cómo con-

seguir que estas prácticas fueran abolidas? Muy fácil: bastó con convertirlas en pecado. Curas y frailes repetían en sus sermones que Dios había creado el agua para beber, no para lavarse.

Bertrand Russell ilustraba su crítica con un cuento muy repetido en la Edad Media que él había encontrado en un olvidado archivo. Se trataba de un santo eremita que vivía en el desierto. Se alimentaba del pan que todos los días le llevaba un ave del cielo y calmaba la sed gracias a una fuente que manaba muy cerca de su cueva. Un día de calor extremo al santo se le ocurrió aprovechar el agua para refrescar su cuerpo. Al momento la fuente dejó de manar. Tuvo que hacer grandes sacrificios para que de nuevo volviera a manar.

En su monumental 'Historia de la Filosofía', Bertrand Russell vuelve a insistir en el horror al agua y al jabón de los cristianos: «La limpieza les daba horror. Los piojos fueron llamados 'perlas de Dios' y eran signo de santidad. Los santos y las santas se jactaban de no haber usado nunca el agua para sus pies, excepto cuando tenían que cruzar un río.»

¡Inolvidables libros de ayer y de siempre!